

LOS CASTELLANO-LEONESES EN LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

POR

JESUS VARELA MARCOS

Universidad de Valladolid

El segoviano Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, siguiendo su política de descubrimiento y rescate en la costa de Nueva España, decidió enviar en 1519 una tercera armada a estas costas. El motivo de la precipitación, que apreciamos en el envío, fueron las noticias aportadas por Pedro Alvarado, quien se adelantó unos días a su capitán Grijalva (1), de vuelta de la segunda expedición a la costa mexicana. Las nuevas noticias animaron al gobernador, a la par que le preocupaba la persona que pondría al frente de la nueva armada. El elegido debía ofrecer la garantía de fidelidad al gobernador.

Velázquez, en primera instancia, pensó elegir a Vasco Porcallo, o bien a Diego Bermúdez, o García Holguín; pero unas insinuaciones de Andrés de Duero al gobernador hicieron que éste cambiara de opinión, y se fijase en el recomendado Hernán Cortés (2). Fue así cómo el extremeño entró dentro de los planes de Diego Velázquez, convencido éste de que «ninguno de ellos estaba tan obligado a servirle como Hernán Cortés» (3).

Sobre la forma en que se dieron los distintos pasos para la formación de la hueste seguiremos las noticias aportadas por los distintos cronistas, y dentro de los que tratan la conquista de Nueva España, seguiremos aquellos que son más explícitos en el tema, caso de Oviedo

(1) Juan Ginés de SEPÚLVEDA, *Hechos de los españoles en el Nuevo Mundo y México*. Edición y estudios de D. RAMOS y L. MIJARES. Valladolid 1976, cap. XXIV, p. 161.

Juan de Grijalva llegó a Santiago de Cuba «a primeros de noviembre» si Cortés estaba pregonando su viaje antes del día 18 de ahí la precipitación. Vid. Francisco de GOMARA. *Conquista de México*, BAE, tomo 22, Madrid, 1946, p. 300.

(2) FRANCISCO CERVANTES DE SÁLAZAR, *Crónica de la Nueva España*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 244, Madrid 1971, cap. XI, p. 165.

(3) *Ibidem*, cap. XI, p. 166.

y Sepúlveda, pero primordialmente Cervantes, Gómara, Las Casas y sobre todo Bernal Díaz del Castillo, al ser más prolijo en detalles.

Cervantes de Salazar en su Crónica de la Nueva España nos cuenta, al respecto de la constitución de la hueste de Cortés, que éste «adquiría amigos, gastaba lo que tenía y aún se empeñaba... Pasaron en esto veinticinco días, e ya que la gente estaba hecha, y todo a punto, quiso Diego Velázquez revocar lo hecho... Entendiendo esto Cortés, hizo que no lo entendía, y dióse toda la prisa que pudo, haciendo alferrez general de la gente a Villarroel..., hizo que se hiciese alarde de los que al presente estaban en Santiago de Cuba, sacando de repente, sin comunicarlo a Diego Velázquez, una bandera muy hermosa, la cual con atambor y pínfano llevó arbolada Villarroel. Juntáronse cincuenta hombres de pie y de caballo; difirió Cortés el dar de los demás cargos hasta que no estuviese en La Habana; fuese con esta gente galanamente aderezado... al son del atambor marchando hacia la iglesia donde diciendo la misa un fraile llamado Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, bendijo la bandera. Lo cual hecho, se volvieron en ordenanza a casa de Cortés, donde estaba aderezado para todos muy buen comer» (4).

En la descripción apreciamos algunas imperfecciones, tanto en los datos como en los recorridos, pero no entraremos en ellos sino que preferimos sacar las noticias sobre la hueste, que, aunándolas con las de los demás cronistas, nos permitirá tener una idea aproximada de este tipo de ejército. Así, veamos lo que nos dice Gómara al respecto.

Entre tanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés a aderezarse para la jornada. Habló a sus amigos y a otros muchos, para ver si querían ir con él; y como halló trescientos que fuesen, compró una carabela y un bergantin para con la carabela que trajo Pedro de Alvarado, y otro bergantin de Diego Velázquez y proveyolos de armas y artillería y munición. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiado de Diego Sanz, tendero, una tienda de buhonería en setecientos pesos de oro. Diego Velázquez le dio mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narvaez, y dio a muchos soldados que iban en la flota dineros con obligación de mancomún o fianzas. Tras los acontecimientos a la llegada de Grijalva, veíamos cómo surgen dudas en Diego Velázquez y «Cortés procuró de salir de allí [Santiago de Cuba]. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalva, diciendo a los soldados que no habían que tener que hacer con Diego Velázquez. Díjoles que embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó a Fernando Alonso los puercos y carneros que tenía para pesar al otro día en la carnicería, dándole una cadena de oro... en pago... Y partió de Santiago de Barucoa el 18 de noviembre con

(4) CERVANTES [2] cap. XII, p. 166-67.

más de trescientos españoles en seis navíos». Por el camino hacia Trinidad fue recogiendo vituallas, y en Trinidad «recogió Cortés cerca de doscientos hombres de los de Grijalva, que estaban y vivían allí y en Matanzas, Cacenas y otros lugares».

De aquí parece se dirigieron a La Habana por tierra, según este cronista, y Cortés envió por delante los navíos a La Habana. En esta ciudad obtuvo la ayuda de Cristóbal de Quesada con lo que «abasteció la flota razonablemente, y comenzó a repartir la gente y la comida por los navíos».

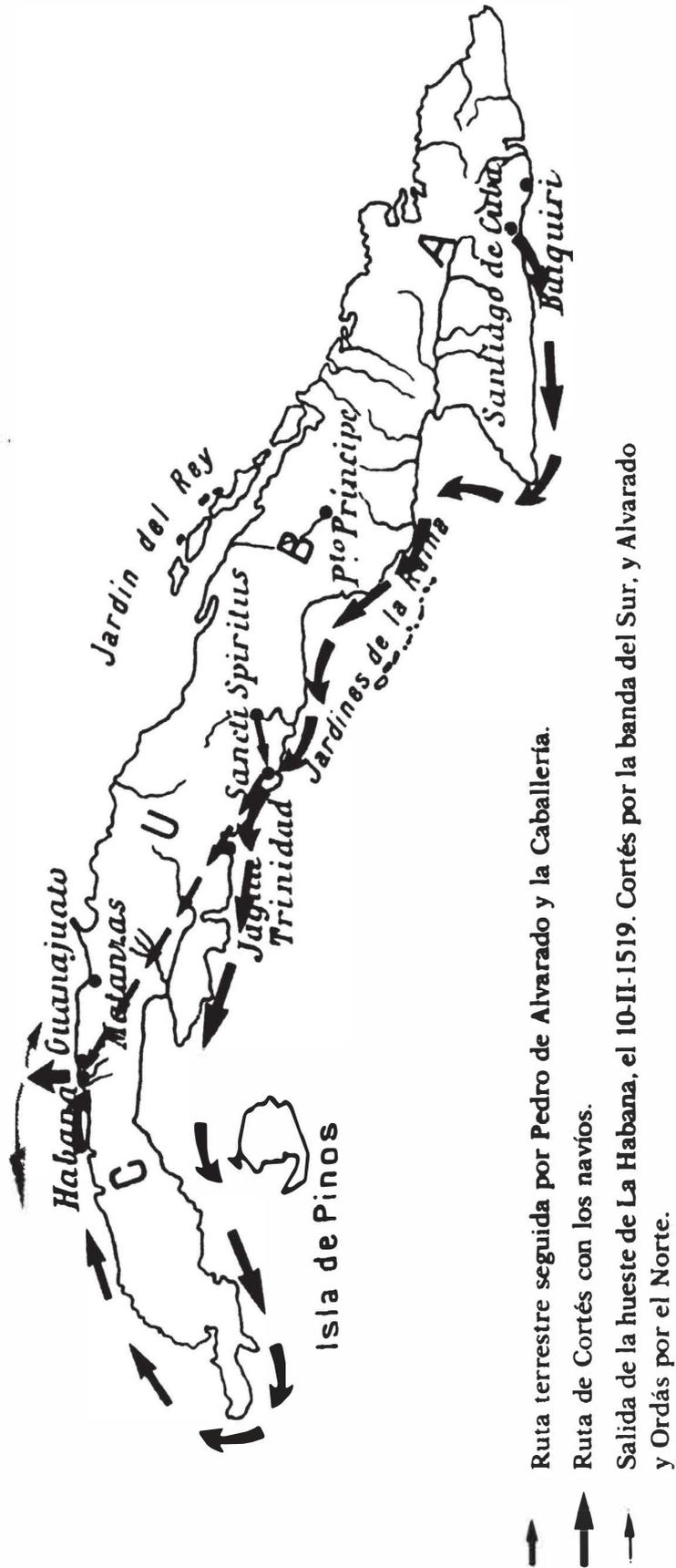
Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanico y halló quinientos cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías e diólos a los capitanes... Nombró por piloto mayor a Antón de Alaminos, que había ido con Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Había también doscientos isleños de Cuba para carga y servicios, ciertos negros y algunas indias y diez y seis caballos y yeguas.

A continuación hace relación el cronista de todos los alimentos e impedimenta que llevó Cortés y «la bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de dos fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y alrededor un letrero en latín que romanizado dice: «amigos sigamos la cruz; y nos, si fe tuviésemos en esta señal, venceremos»; éste fue el aparato que hizo Cortés para su jornada (5).

El padre Las Casas, tras relatar cómo Velázquez eligió a Cortés añade: «como era orgulloso y alegre, y sabía tratar a todos, a cada uno según le conocía inclinado, supose dar maña a contentar gente, que para el viaje y población se allegaba, la cual era toda voluntaria, por la envidia del mucho oro que haber esperaban y 2.000 castellanos que le habían sacado los indios que le había dado Diego Velázquez de las minas... comenzó a adornarse y gastar largo en su proveer de lo necesario para el viaje». Nos narra cómo en Trinidad embarcó más de cien españoles de los venidos con Grijalva y todos los indios que pudo y «los españoles que allí iban hurtados y involuntarios, y no sé si algunos voluntarios, para servirse de ellos». Ya en La Habana nos muestra a Cortés «como un gran señor y como si naciera en brocados y con tanta autoridad que no osaba ninguno menear que no le mostrase amor y contentamiento de que él reinase» (6).

(5) FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Conquista de México. (Segunda parte de la Crónica General de las Indias)*, BAE, tomo 22, Madrid 1946, pp. 300-301.

(6) FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*. Edición de A. MILLARES y L. HANKE, Fondo de Cultura Económica, México 1951, cap. CXV, pp. 221 y ss.



↑ Ruta terrestre seguida por Pedro de Alvarado y la Caballería.

↑ Ruta de Cortés con los navíos.

↑ Salida de la hueste de La Habana, el 10-II-1519. Cortés por la banda del Sur, y Alvarado y Ordás por el Norte.

Veamos, en último lugar, la versión del medinense Bernal, quien al referirse a la formación de esta tercera armada por la elección del capitán, y subraya las dudas de Diego Velázquez ante la elección de Vasco Percello, Bermúdez o Antonio Velázquez, como posibles candidatos a la dirección. Bernal, por su parte, recogiendo el sentir de buena parte de los soldados se inclinaba por el segoviano Grijalva. Termina este pasaje señalando cómo el gobernador de Cuba se decidió por Cortés, miembro de la sociedad constituida por Amador de Lares y Andrés de Duero (7).

Acto seguido pasa Bernal a analizar el método para elegir la hueste empleado por Cortés. A este efecto, indica cómo D. Fernando adecentó su persona, tomó prestados 4.000 pesos de oro de Jerónimo Tria y Pedro Jerez, y se hizo una lazada de oro para su adorno personal. Seguidamente D. Hernando mandó hacer estandartes y banderas, y, una vez preparado el escenario, «mandó dar pregones y tocar sus atambores y trompetas en nombre de Su Magestad y en su Real nombre por Diego Velázquez, para cualquiera personas que quisieren ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas, a las conquistar y poblar, les darían sus partes de oro, plata y joyas, que se hubiese, y encomiendas de indios, después de pacificadas, y que para ello tenía licencia el Diego Velázquez de Su Magestad» (8)

El siguiente paso dado por Cortés, según este cronista, fue escribir a los pueblos de la isla y a todos sus amigos invitándoles a participar en la expedición. Tras esta campaña de publicidad para conseguir un numeroso enganche, parece ser que consiguió reunir en Santiago de Cuba más de 300 soldados. Así de la casa del gobernador se sumaron los más principales, como es el caso de Diego de Ordás, su mayordomo, Francisco de Morla, Escobar, Heredia, Juan Ruano, Pedro Escudero y Martín Ramos de Lares. Andrés de Duero avisaba siempre a Cortés, que se diese prisa en embarcar porque ya tenían trastocado al gobernador Diego Velázquez. «E desde que aquello vió Cortés —después de mandar regalos a su mujer— E ya tenía mandado pregonar e pregonado, e apercibió a los maestros e pilotos y a todos los soldados que a tal día y noche no quedase ninguno en tierra. Y desde que aquello tuvo mandado se fue a despedir de Diego Velázquez... al otro día después de haber oído misa, nos fuimos a los navíos, y el mismo Diego Velázquez le tornó acompañar hasta hacernos a la vela, y con próspero tiempo en pocos días llegamos a la villa de Trinidad».

Cuando Cortés llegó a Trinidad inmediatamente mandó poner su en-

(7) Bernal DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Edición crítica por C. SAENZ DE SANTA MARÍA, C.S.I.C. Madrid 1982, cap. XIX.

(8) *Ibidem*, cap. XX.

seña «en la posada y dar pregones», a igual que se hizo en Santiago de Cuba. A la vez mandó comprar armas y provisiones.

Según los enumera Bernal las personas de calidad que se engancharon fueron los Alvarado, Alonso de Avila, Juan de Escalanate, Pedro Sánchez Farfan, Gonzalo Mexia, Baena, Juanes de Fuenterravía, Cristóbal de Oli, Ortiz el músico, Gaspar Sánchez, Diego de Pineda, Alonso Rodríguez, Bartolomé García. Todas estas personas tenían estancias y posesiones y a su personal enganche unieron también su dinero y bastimentos para la expedición.

Mientras Cortés permaneció en Trinidad escribió a la villa de Santi Spiritus, notificando a sus habitantes su expedición y ofreciendo poder sumarse a ella. «Todo lo hacía con palabras sabrosas, para atraerse las personas de calidad» (9). Respondiendo a esta llamada se unieron a Cortés «Alonso H. Portocarrero, primo del conde de Medellín, Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, Juan Velázquez de León, Rodrigo Rangel, Gonzalo López de Gimena y su hermano Juan López y Juan Sedeño». Todos ellos fueron desde Santi Spiritu a Trinidad donde Cortés les recibió muy cordial y diplomáticamente. También aquí se les unió Juan Sedeño el comerciante, quien vendió su navío lleno de tocino y cazabe, «todo ello fiado» a Cortés. Bernal sigue narrando cómo desde Trinidad Cortés envió a Pedro de Alvarado con cincuenta soldados, entre los que estaba el cronista, por tierra a La Habana, mientras el propio Cortés embarcó en la capitana y con el resto de navíos se dirigió por la banda del Norte a La Habana. Llegado Cortés a La Habana el último de todos continúa Bernal que «todos los demás caballeros y soldados nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendían ser capitanes; y cesaron las chirinolas. Y después que le aposentamos en la casa de Pedro Barba (...) mandó sacar sus estandartes y ponerlos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones según y de la manera de los pasados». En La Habana se engancharon: Francisco Montejo, Diego de Soto, Angulo y Garci Caro, Sebastián Rodríguez, y un Pacheco, Gutiérrez y Rojas, Santa Clara y los hermanos Martínez, y un Juan de Nájera...» todas personas de calidad. Y cuando Cortés vio todos aquellos hidalgos y soldados juntos se holgó en gran manera».

Finalmente Cortés se preocupó mucho de la artillería, en aderezar las ballestas y disponer maniobras de tiro. Asimismo, confeccionó, o mejor, mandó que se fabricasen armas defensivas de algodón y como última nota nos dice el cronista que «en La Habana Cortés comenzó a poner casa, y tratarse como señor... y todo esto ordenado, nos mandó apereibir para embarcar» (10).

(9) *Ibidem*, cap. CVII.

(10) *Ibidem*, cap. XXIII.

De la lectura de las narraciones de los cronistas sobre el método empleado por Cortés para formar la hueste descubrimos dos fenómenos interesantes como son: la particular formación del ejército o hueste, con sus peculiaridades que analizaremos (11) y otro importante, y trascendental como es el cambio que se efectúa en el propio Cortés simultáneamente.

1. CARACTERÍSTICAS PARTICULARES EN LA FORMACIÓN DE LA HUESTE CORTESIANA

Adelantamos que centramos el estudio en las 550 personas componentes de la expedición de Cortés, pues creemos que en este grupo es donde se producen los fenómenos que estudiamos, y que más tarde se extienden al resto paulatinamente y por asimilación.

De las noticias de los cronistas sobresalen unas características en el método de reclutamiento que nos parecen esenciales, y de alguna manera estas formas de hacer serán ejemplo para futuras huestes. Así, el nombrar un capitán que va a dirigir toda la operación. Este personaje, a partir de ese momento, monta su aparato publicitario con el fin de lograr el enganche más numeroso posible. Es dentro de esta pretensión donde debemos encajar los gastos que Cortés hizo para su adorno personal y para, diseñar una bandera y los gastos en préstamos a soldados e invitaciones a comidas.

Una segunda característica que ya se aprecia en la anterior, es el carácter de voluntariedad del enganche. Este sistema nos muestra tres tipos de personas: un primer grupo compuesto por soldados flotantes de otras huestes; también vagos, huidos de la justicia —como apunta Las Casas (12)—; un segundo grupo que formaron los soldados de Grijalva, enganchados en bloque en Trinidad, seguramente convencidos por las promesas del oro y las encomiendas de indio que Cortés les hacía; y un tercer grupo compuesto por las denominadas «personas de calidad» con quienes Cortés se había comunicado mediante misivas personales y a quienes halagaba de forma especial (13).

Característica derivada de la anterior es la necesidad de un capitán hábil en el manejo del arte de la persuasión, para conseguir convencer

11) Jesús M. LÓPEZ RUIZ, *Hernández de Serpa y Su Hueste de 1569 con destino a Nueva Andalucía*. Caracas. 1974.

(12) LAS CASAS [6], cap. CXVI, p. 227.

(13) BERNAL [7] cap. XXI. «Todas estas personas, muy generosas, vinieron a la villa de Trinidad, donde Cortés estaba, y como lo supo que venían los salió a recibir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía, y se dispararon muchos tiros de artillería, y les monstró mucho amor».

y amalgamar tan diversa hueste, para ejercer esta misión Cortés se nos muestra como un maestro.

Otra característica que encontramos, es la particular aportación a la empresa de cada uno de estos tres tipos de personas que hemos visto. Sin duda, la aportación es distinta: los primeros llevan tan sólo sus manos; el grupo de hombres de Grijalva, expertos soldados conocedores de las técnicas de rescate, es su experiencia lo que aportan, y lo que Cortés apreciaba y buscaba en ellos; y por último las «personas de calidad» aportaban prestigio, dinero y bastimentos.

Una nueva característica, muy propia de la hueste, es la inversión personal del capitán de la misma a través de los gastos de la compra de navíos, artillería, el aparato de guerra o impedimenta pesada así como la mayor parte de los víveres, si bien, está claro que con la condición de recuperarlo con creces en los primeros beneficios, como veremos. En esta forma de actuar está reflejado un mancomunal muy «sui generis».

La existencia de las características anotadas las vemos confirmadas perfectamente en el primer reparto que realizó Cortés. En él observamos cómo lo realiza siguiendo esta jerarquización. Aparta un quinto para el rey, otro para sí, para pagar los gastos de expedición, para las personas de calidad, para los caballeros y finalmente para los soldados que tan sólo reciben cien pesos (14).

Serán estas características peculiares las que, fundidas y aunadas por la habilidad de Cortés, den origen al ejército disciplinado de la conquista, que supone el culmen de la realización de la hueste (15).

2. EL METAMORFISMO DE CORTÉS

Somos de la opinión de que Cortés evoluciona personalmente de «po-

(14) BERNAL [7] nos lo cuenta en el cap. CV «Lo primero se sacó el quinto Real, y luego Cortés dejó que le sacasen el otro quinto, como a Su Majestad luego dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba que gastó en la armada, que lo sacasen del montón... las costas de Diego Velázquez... para los procuradores que fueron a Castilla,... para los que quedaron en la Villa Rica, para los caballos muertos, para el fraile de la Merced y el clérigo Juan Díaz y los capitanes, y los que traían caballos dobles partes, escopeteros ballesteros por el consiguiente... de manera que quedaba muy poco, por lo que muchos soldados no lo quisieron recibir». La proporción en el reparto del botín entre los miembros de la hueste nos lo aclara Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO, *Los Austrias Incas en español en América*. Vol. III de la *Historia de España y América social y económica*, dirigida por Vicens VIVES, Barcelona 1977, edición de bolsillo, p. 340.

(15) Sobre el tema de la hueste es fundamental el trabajo de RAMOS PÉREZ, *Determinantes formativos de la hueste indiana y su origen modélico*, Santiago de Chile, 1965.

brecillo criado de Velázquez» (16) al brillante capitán general seguro de sí mismo que nos encontramos en la fundación de la Villa Rica de la Veracruz en las costas de Nueva España. Creemos que esta metamorfosis se inició en el momento en que Diego Velázquez exterioriza su duda sobre la oportunidad de elegir a Cortés como jefe de la expedición. En este impás de duda, D. Hernando opta decididamente por actuar por sí mismo y realizar el proyecto pensado, a pensar de las dificultades, o quizás fueron las mismas dificultades, las que le dejaron un pequeño margen con el que poder maniobrar antes de que la expedición escapase de sus manos.

Nos cuentan los cronistas cómo Cortés inicia una dignificación de su persona elevando su prestancia personal con rico vestuario, a la par que intenta que esta prestancia o dignificación afecte también a la hueste que está juntando. Para ello manda confeccionar una bandera en que plasma una cruz roja y un lema en latín «amici, sequamur crucem, si enim fidem habuerimus, in hoc signo vincemus» (17).

El lema de Cortés y su celo en reclutar gente, no muy animada en un primer momento, nos deja ver un matiz de hombre predestinado al éxito ante los ojos de sus hombres, a lo que ayudó no poco el carácter de cruzada cristiana que anunciaba el lema en latín (18).

El hombre predestinado y engalanado nos muestra, en su escala de Trinidad, una nueva virtud de hombre elegido: la habilidad política para atraerse los hombres de Grijalva, y a «todas las gentes de calidad» de Santi Spiritu, e incluso, partidarios de Velázquez, como lo eran Escalante, Vázquez de León o, más tarde, Ordás y Portocarrero.

La última parte de la metamorfosis la vemos en La Habana, donde Cortés se nos muestra como el poderoso Capitán cuya simple presencia borra las rebeldías de otros capitanes, y que se siente querido por una gran parte de su hueste. En La Habana, si bien repite el sistema de enganche enarbolando bandera, nos es menos cierto, como todos los cronistas destacan, el lugar de lujo en que se aloja y como se hace servir de pajes y maestresalas. Las Casas nos lo describe: «Allí se mostró Cortés como gran señor y como si naciera en brocados, y con tanta autoridad que no osaba ninguno menear que no le mostrase amor y contentamiento de que él reinase» (19).

El Cortés criado y protegido de Velázquez era ya, al menos en su

(16) LAS CASAS [6], cap. CXIV, p. 223.

(17) GOMARA [5], p. 301.

(18) El P. Fidel de LEJARZA en su artículo «Religiosidad y celo misionero de Hernán Cortés» Anuario de Estudios Americanos (Sevilla 1949), pp. 341-450, en la página 347 comenta que «para todos o la mayoría de los cronistas religiosos, la elección de Cortés para realizar la conquista fue verdaderamente providencial».

(19) LAS CASAS [6] cap. CXXVI, p. 227.

propia persona, un gran capitán. La metamorfosis se había producido, y la independencia de su empresa del gobernador de Cuba anidaba ya en su mente.

3. EL COMPONENTE ESTAMENTAL DE LA HUESTE DE CORTÉS

La hueste cortesiana encierra, también, un mundo social interesante (20). Los diversos estamentos aparecen perfectamente reflejados en el mecanismo de enganche, según sea éste de inscripción a toque de tambor, o como una facción de ejército —caso de los hombres de Grijalva— o bien, convencidos uno a uno mediante misivas, en el caso de las «personas de calidad». Esta realidad nos permite afirmar que la aparente homogeneidad e igualdad de la hueste no se debe entender con carácter general, en relación a todos los miembros de la misma, sino dentro de cada estamento.

Así pues, en este grupo reducido de 550 personas nos encontramos con un estamento dominante o nobiliar encabezado por Cortés y formado por las «personas de calidad», los capitanes de Grijalva, el grupo de los hombres de Velázquez y los clérigos. Un estamento intermedio o burgués, formado por los soldados profesionales —de a caballo, ballesteros, escopeteros— en su mayoría del grupo de Grijalva. Seguirían en la pirámide social los soldados rasos, tanto los enrolados por libre en el banderín de enganche —entre los que estarían los elementos flotantes: los portugueses (21) perseguidos de la justicia, los maleantes y los depauperados o abandonados de la fortuna en las minas— así como también los soldados de Grijalva. En definitiva era el grupo de aventureros que Las Casas define como «los españoles que allí iban hurtados e involuntarios, y no sé si algunos voluntarios para servirse de ellos» (22). En último lugar, encontramos el grupo de indios cubanos, y algunas indias que llevaban como ayuda y elemento de carga, de los que dice Las Casas «todos los indios que pudo meter» (23), así como algunos negros. Este grupo aparece calificado como numeroso sólo en Las Casas y Gómara sin cuantificarse, mientras que sí aparecen perfectamente reflejados en todos los cronistas, e incluso descritos uno por uno, y con su nombre, los dieciséis caballos. Pienso si en

(20) Juan FRIEDE «Los estamentos sociales en España, y su contribución a la emigración a América». *Revista de Indias* (Madrid) n.º 103-104 (1966), pp. 13-30.

(21) Sabemos que había portugueses en la hueste de Cortés, Bernal lo cuenta en el capítulo LXI.

(22) LAS CASAS [6], cap. CXVI, p. 227.

(23) *Ibidem*.

la mentalidad de la época estos animales no eran tan importantes o más para la conquista que éste último estamento humano.

Ahora, si analizamos los componentes de cada uno de estos grupos estamentarios, conseguiremos una imagen muy aproximada del carácter de la hueste de Cortés.

3.1. *Los grupos políticos en la Hueste de Cortés.*—Al estudiar lo anunciado en este apartado seguiremos las divisiones estamentales ya mencionadas. Observamos cómo de los 550 hombres que salieron con Cortés el 10 de febrero de 1519 no constituían un grupo homogéneo políticamente hablando, pues, apreciamos dos bandos perfectamente diferenciados: los partidarios del gobernador de Cuba Diego Velázquez, donde se alineaban hombres como Diego de Ordás, su mayordomo, Francisco de Morla, Escobar, Heredia, Juan Ruano, Pedro Escudero y Martín Ramos de Lares, Alonso de Avila, Francisco Velázquez «el corcovado» y Francisco Montejo; y los partidarios de Cortés en que figuraban los cinco Alvarados, Cristóbal de Olid, Sandoval, Escalante, Diego de Soto y soldados notorios como Hernando López, Pedro Solís, SantaCruz, Juan Núñez Mercado, Bernardino de Santiago, Cristóbal de Olea, Orduña el viejo...

Existía un tercer grupo, por así decirlo, compuesto por los indecisos, quienes, en su mayoría serían ganados por los razonamientos de Cortés. Y otro grupito integrado por los apolíticos cuyo interés era simplemente económico o de supervivencia.

Hemos de anotar aquí la especial preocupación que Cortés tuvo en alistar a personas de alto nivel humano, evitando en lo posible o reduciendo la influencia de la «chusma». Creemos que esta pretensión la consiguió en gran parte. Así, si observamos la lista que nos da Bernal de los personajes que van en la armada veremos este punto corroborado; de Santiago de Cuba son principales los empleados de la casa de Velázquez, como Francisco de Morla, Escobar, Heredia, Juan Ruano, Pedro Escudero, Martín Ramos de Lares «y otros muchos amigos y paniaguados de Diego Velázquez» (24). Prohombres nombrados en Trinidad: los cinco Alvarado, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Pedro Sánchez Farfán, Gonzalo Mexía, Baena, Juanes de Fuenterravía, Cristóbal de Olid, Ortiz, Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, Diego de Pineda, Alonso Rodríguez, rico minero, Bartolomé García, y «otros hidalgos que no me acuerdo de sus nombres y todas personas de mucha valía» (25). De los que se sumaron procedentes de Santi Spiritu eran

(24) BERNAL [7], cap. XX.

(25) Ibidem.

«personas de calidad» Alonso Hernández Portocarrero, primo del conde de Medellín, Gonzalo de Sandoval alguacil mayor, Juan Velázquez de León, pariente del gobernador, Rodrigo Rangel, Gonzalo López de Jimena, Juan López, Juan Sedeño, vecino de aquella villa. En la ciudad de La Habana se integraron personas importantes como: Francisco Montejo, sería adelantado del Yucatán, Diego de Soto toresano mayor-domo de Cortés, Angulo, Garcí Caro, Sebastián Rodríguez, Pacheco, Gutiérrez Rojas, Santa Clara, los hermanos Martínez Juan Nájera «todas personas de calidad» (26) y otros soldados que el cronista no recuerda.

Observamos como, de corrida, Bernal nos hace una relación de 42 personas que él consideraba importantes, a las que debemos unir el propio Cortés y capitanes como Ordás, Escalante, Juan Sedeño el comerciante, parte de los hombres de Grijalva, o al menos los soldados especializados, el mismo Bernal Díaz del Castillo, los clérigos; en conclusión, pensamos que las personas de calidad —entendidas éstas por su comportamiento humano— se aproximarían al 50 por 100 en la hueste de Cortés.

4. LA AMPLIACIÓN DE LA HUESTE EN NUEVA ESPAÑA: LAS DISTINTAS ADICIONES

Una vez la hueste asentada en Ulua y fundada Veracruz, se van a producir aportes significativos de personas y material bélico a la hueste de Cortés. Sin embargo, como ya adelantábamos, creemos que estas adiciones no modificaron el espíritu de la hueste de forma sustancial.

Podemos considerar como el primer aporte de hombres los proporcionados por el navío enviado por Diego Velázquez al mando de Francisco de Saucedo «el pulido» (27), maestresala que había sido del almirante de Castilla, le acompañaban Luis Marín y diez soldados más. Este envío produjo cierta expectación en la hueste, por tratarse de decididos partidarios del gobernador de Cuba.

El segundo engrose de fuerzas lo forma el grupo indígena de Cempoala compuesto por 40 indios principales y 200 porteadores que Cortés pidió y consiguió de Olintecle (28). Más tarde, Cortés tomará 2.000 indios de los tlaxcaltecas, con los que se presentó en la ciudad de Tenochtitlan.

El aporte más sustancial fue el que se produjo tras la derrota de Pánfilo de Narváez, cuyo número de soldados doblaba a los de Cortés (29). Así vemos cómo en la ciudad de México el día de San Juan de 1519

(26) *Ibidem*, cap. XXIII.

(27) BERNAL [7] cap. LIII.

(28) *Ibidem*, cap. LXI.

(29) *Ibidem*, cap. CXXV.

entraron con Cortés 1.300 hombres blancos en ayuda de Pedro de Alvarado, que estaba cercado. De ellos murieron 870 entre los caídos en la «noche triste» y la batalla de Otumba, tras la que los españoles tuvieron suficiente descanso para recontar, y se halló Cortés con 440 hombres. Este número es similar a la hueste primigenia, y en su mayoría procedente de ella, ya que los muertos fueron más numerosos entre los hombres llegados con Narváez.

A partir de julio de 1519 la fuente de reemplazo de las tropas cortesianas serán los hombres de las distintas expediciones de Garay al Pánuco, que al no conseguir poblar por las muchas dificultades que oponían los indios y el terreno, se pasaban al ejército de Cortés (30).

La preparación concienzuda y necesaria militarmente para el asalto definitivo a Tenochtitlan, obligó a Cortés a reforzar su hueste. Para ello envió a Pedro Solís a Jamaica por caballos, y recibió la ayuda providencial de un gran barco del comerciante Juan de Burgos que, proveniente de España y Canarias, le proporcionó armas, bastimentos y hombres, incluso el mismo Juan de Burgos y el maestre Francisco Medel y el resto de los paisanos se unieron a Cortés, además de los trece soldados que traían (31).

Cortés disponía, en el alarde que hizo ante la ciudad de México en pascua de 1521, de 650 hombres de espada, 194 ballesteros y escopeteros y 84 de a caballo. Con esta fuerza inició el asalto el 13 de mayo, y sabemos que ya en el asedio recibió la ayuda de otro navío, esta vez de la armada del licenciado Vázquez de Ayllón, que se había perdido en Florida. La ayuda ahora consistió en soldados, ballestas y pólvora. Esta fue la última ayuda recibida hasta el 12 de agosto, día en que se rindió la ciudad, y fecha que nosotros consideramos límite o tope de la actuación de la hueste de Cortés como tan hueste única. Pues, el reparto de los beneficios de la toma de México provocó una serie de problemas y desavenencias entre los miembros de la hueste (32), que hizo que el espíritu de unidad se rompiera. Asimismo creó tensiones políticas y se inició un período de deterioro de la imagen de Cortés como lo demuestran las críticas que a su persona aparecen en panfletos y letrillas (33).

(30) BERNAL [7], cap. CXXXVIII.

(31) BERNAL [7], cap. CXXXVI.

(32) La influencia del factor económico lo afirma el D. RAMOS PÉREZ en su obra: «Las sublevaciones en favor de la legalidad y las seudorrebeliones en las huestes de la Conquista». *Estudios Americanos* (Sevilla), 1958, pp. 101-115, «las rebeliones de las huestes en Indias respondieron no a motivaciones ideológicas sino a factores de relación económica».

(33) BERNAL [7], cap. CLVII. El cronista nos cuenta el malestar contra Cortés en escritos y letrillas que aparecían en las paredes de México, algunas tan jugosas

Después de habernos asomado al conocimiento de la hueste de Cortés, nos percatamos de su conflictividad. Derivaba esta problemática de la complejidad de aspectos que confluían tanto estamentales y políticos, como culturales y regionales e incluso nacionales. Esta dificultad debió ser todo un reto para Cortés, y el lograr una hueste compacta con estos componentes le debió parecer, a priori, imposible, sin embargo, el extremeño consiguió hacerlo realidad.

Fue Cortés y su personalidad particular quien hizo que se fuese formando la hueste, y lo hizo haciéndola partícipe de su mismo metamorfismo, como veíamos. Para la hueste el desencadenante de la metamorfosis fue el cómo Cortés les supo presentar y crear un clima de expectación ante la riqueza imaginada. El final de este cambio fue un amalgamamiento militar que a la postre les daría el éxito de la empresa.

5. LOS CASTELLANOS VIEJOS EN LA HUESTE DE CORTÉS

Una vez que hemos analizado el total de la hueste de Cortés, pensamos que es el momento de ver, en concreto, quiénes eran los hombres de su ejército, al menos, los posibles. Creemos fue esa una de las principales intenciones del cronista Bernal al escribir su crónica: el repartir la gloria de la conquista entre todos los que la hicieron posible.

Nuestra pretensión es similar, si bien limitándonos a los castellano-leoneses. Vaya por delante que nuestra información no es total (34) y que aquí pretendemos dar una línea de información sobre un trabajo más amplio.

Así pues, veamos, por estamentos, quiénes y cuántos eran los castellanos, qué puestos ocuparon y su peso específico en la hueste de Cortés.

5.1. *Castellanos viejos entre «las personas de calidad»*. Cortés tuvo especial interés en reclutar personas de esta clase, y a ella pertenecieron Juan Sedeño, de Arévalo, quien vendió su barco a Cortés y se enroló

como ésta: «¡Oh qué triste está el anima mea hasta que la parte vea», o el escrito: «mas conquistadores nos traía que la conquista que dimos a México, y que no nos nombraren conquistadores de Nueva España sino conquistadores de Cortés». Respondía Cortés, en un principio a estas chanzas: «pared blanca pared de necios» a lo que el crítico, fulano Tirado, respondió: «Y aun de sabios y verdades».

(34) La bibliografía empleada para reunir datos sobre estos conquistadores ha sido fundamentalmente los cronistas, en especial los citados: SEPÚLVEDA [1], GOMARA [1], CERVANTES DE SALAZAR [2], el padre LAS CASAS [6], GOMARA [5] y muy principalmente BERNAL [7]. También utilizamos el *Diccionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de Nueva España*, de Francisco de ICAZA, Guadalajara 1968.

en la hueste, murió de su muerte natural; Francisco de Montejo, hidalgo salmantino; Juan de Espinar, rico segoviano que llegó en el barco de Juan de Burgos; Juan de Grijalva sobrino del descubridor y como él segoviano; Francisco Velázquez «el corcovado» y Diego Velázquez, sobrinos del gobernador de Cuba, también de Segovia; el tordesillano Julián de Alderete que actuó de tesorero real desde 1521 y falleció en su cargo; Andrés de Duero, natural de Tudela de Duero, socio de Cortés; Pedro Girón, de Urueña; Pánfilo de Narváez, vallisoletano; Fray Bartolomé Olmedo, mercedario de Olmedo que actuó de capellán de Cortés; Francisco de Saucedo «el pulido», riosecano, antiguo maestresala del almirante de Castilla, murió en la Noche Triste; Alonso de Zamora y Alvaro de Zamora, zamoranos que llegaron a Nueva España con Juan de Burgos, al parecer comerciantes.

5.2. *Capitanes leoneses y castellanos en la hueste.* Alonso de Avila, natural de Avila, fue capitán en la expedición de Grijalva y, es curioso, cómo cuando se enganchó en Trinidad no pudo aportar más que medio caballo, el resto del animal lo pagó Montejo; Gonzalo de Sandoval abulense, uno de los brazos de Cortés en la conquista, recibió una doncella hija del cacique de Tlaxcala, murió Sandoval a su vuelta a España en Palos, en una pobre posada y robado por unos pillos; Jerónimo Ruiz de la Mota, burgalés elegido por Cortés para capitán de bergantín; Salvatierra, así mismo burgalés, de quien dice Bernal que era cobarde, y que presumía de querer asar las orejas de Cortés para comérselas (35), iba como veedor de Narváez; Francisco de Santa Cruz, burgalés que llegó a regidor de México; Portillo, castellano, capitán de un bergantín de Cortés; Rojas, capitán de Narváez que murió en la batalla contra Cortés, castellano sin especificar su lugar de nacimiento; Briones, salmantino, elegido capitán de un bergantín, era un hombre muy alborotador entre la hueste, y por esta causa murió ahorcado en Guatemala; Castillo Maldonado «el ancho» persona muy preeminente, murió de muerte natural, era de Salamanca; Juan Velázquez de León, segoviano que murió en la Noche Triste; Francisco de Lugo, valiente capitán de Cortés, hijo bastardo de un caballero de Medina del Campo llamado Alvaro de Lugo el viejo; Diego de Ordás, de Castro Verde de Campos, capitán bien conocido (36); el toresano Diego de Soto, a quien Cortés confió los 80.000 pesos de oro enviados a España tras la captura del tesoro de Guatemuz por el pirata francés Florín; y por último Antonio de Quiñones, zamorano, jefe de la guardia personal de Cortés, nombrado

(35) BERNAL [7], cap. CXIV.

(36) Florentino PÉREZ EMBID, *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*, Sevilla, CSIC, 1950.

tras el intento de asesinato del también zamorano Villafaña, así mismo ayudó a salvar a Cortés en la Noche Triste con Olea, vino con el tesoro de Guatemuz, y murió de unas cuchilladas por un asunto de fal-das en la isla Tercera.

5.3. *Los soldados profesionales originarios de Castilla y León.* Rodrigo Heano, abulense, fue uno de los soldados que primero se avecindó en Nueva España, pero movilizado por Luis Marín para una campaña murió a manos de los indios; Hernando López de Avila, soldado enfermo de bubas que volvió rico a su tierra natal, Avila; Polanco de Avila, le califica Bernal como «un buen soldado»; Juan de Salamanca de Ontiveros, fue el soldado que arrancó el pendón al indio en la batalla de Otumba, al final fue a poblar al Pánuco con Sandoval; Juan de Santiesteban, natural de Madrigal, era vecino de Trinidad cuando lo reclutó Cortés; Juan Sedeño, abulense y soldado raso que no debe confundirse con el Sedeño que vendió un barco a Cortés; los hermanos Vandadas, soldados viejos que murieron a manos de los indios; Luis Velázquez, de Avila; Hernando Burgueño, burgalés de Aranda de Duero, buen soldado que murió de su muerte natural; Alonso de Contreras, burgalés; Alonso de Cavallos, de Medina de Pomar; Juan Díaz natural de Burgos, tenía una nube en un ojo, y Cortés le encargó de sus rescates, murió a manos de los indios; Diego de Espinosa, de Espinosa de los Monteros, murió a manos de los indios; Pedro Solís, de Espinosa de los Monteros, le apodaron «detrás de la puerta». Los que citamos a continuación sabemos que son castellanos sin saber su población de origen: Juan de Arbolache, muerto a manos de los indios; Gaspar Díaz, que se hizo ermitaño; Juan Gómez, soldado que amasó gran fortuna y volvió a Castilla; Osorio soldado a quien Bernal considera como persona de «mucha cuenta y buen soldado» (37), murió en Veracruz; el leonés Argüello, buen soldado muerto por los indios, era muy robusto y fuerte.

Enumeramos a los salmantinos: Juan Bello, de Ciudad Rodrigo, Francisco Bonal, personas de gran valía; Francisco Montaña de Ciudad Rodrigo; Fulano de Mora, de Ciudad Rodrigo, murió peleando en los Peñoles; Juan Núñez Mercado, de Ciudad Rodrigo asimismo, se quedó ciego y vivía en Puebla; Luis Sánchez; Bernardino de Santiago y Diego de Salamanca.

Son segovianos, Bartolomé de Cuellar, natural de Buengrado; Antonio Velázquez, cuellarano asimismo; el soriano Hernández Santos, buen jinete, apodado «el buen viejo».

Los soldados profesionales naturales de Valladolid son los más numerosos: Juan de Cuellar, magnífico jinete; Antonio Aguayo de Porti-

(37) BERNAL [7] cap. CCV.

llo; Alonso Barba también de Portillo; Bernal Díaz del Castillo, de Medina del Campo, cronista; Alonso Delgado, de Portillo murió a manos de los indios; Pedro Rodríguez Escobar «el paje» era de Alaejos; Pedro de Ircio, había sido mozo de espuelas del conde de Urueña; Rodrigo Guipuzcuano, de Medina del Campo; los también medinenses Alberto de Cisneros «el viejo» y Pedro de Arriaga; Juan de Perea; Aparicio Martín de Rioseco, buen soldado; Francisco de Medina, se metió fraile franciscano era de Medina del Campo (38); Antonio de Medina, amigo de Bernal y de su pueblo; Francisco de Mibiercas de Medina del Campo; Cristóbal de Olea, de «al lado de Medina del Campo», salvó la vida en varias ocasiones a Cortés muriendo en la tercera de ellas ocurrida en la Noche Triste; Francisco de Olmos, de Portillo; Orduña «el viejo» era de Tordesillas; Juan de Perea; Alonso Pérez, de Trigueros; Sindos de Portillo, de Portillo, también tomó los hábitos; Melchor de San Miguel, de Portillo; Pedro Rodríguez Escobar, de Alaejos; Diego Valdés; Fulano de Valladolid, murió a manos de los indios; Valladolid el «gordo», muerto por los indios, Martín Vázquez, de Olmedo, fue un soldado que logró hacerse muy rico y con su dinero se regresó a Castilla; Villasinda, de Portillo, quien también tomó los hábitos.

Los zamoranos: Juan Hernández de Prada, de Galendi en Sanabria; Ramón López, toresano; Antonio de Villafaña, quien se confabuló contra Cortés para matarlo a la vuelta de Xochimilco, y por tal motivo, al fallar su intentona, fue ahorcado de la ventana de la casa donde vivía (39). Finalmente los palentinos: Alvaro de Sandoval, de Carrión de los Condes, y Juan de Artiaga.

5.4. *Grupo del personal flotante.* En este apartado incluimos a los soldados que se engancharon en la hueste a toque de tambor, y a los desperdigados por las islas del Caribe, que se enrolaron por motivos diversos, incluidos los que tenían asuntos pendientes con la justicia. Entre ellos también había castellano-leoneses, y así mencionaremos a los abulenses: Los Avila, que eran tres hermanos; Gaspar de Avila Quiñones, verdadero ejemplo del personal flotante entre y por las islas caribeñas, pues, este soldado pasó a América con Pedrarias, por su cuenta se fue a Cuba, y allí se enroló en la expedición de Francisco Hernández, vuelto a Cuba se desenganchó de aquella hueste, y permanece en la isla dando tumbos hasta el momento en que Pánfilo de Narváez organiza su expedición contra Cortés en la que se apunta para, finalmente, pasarse a la hueste de Cortés; Gil de Avila; Sancho de Avila, este personaje se había enriquecido en el ámbito del Caribe, y volvió a Cas-

(38) BERNAL [7] cap. CCV.

(39) BERNAL [7] caqp. CXLVI.

tilla con más de 6.000 pesos de oro, cantidad que perdió en España dedicado al juego de naipes, al verse pobre probó de nuevo fortuna en América, enrolándose con Cortés, pero esta vez no tuvo tanta suerte y murió a manos de los indios (40); Juan Martínez, que pasó con Miguel Díaz de Aux; el burgalés Juan de Arbolache, que murió en poder de los indios; los leoneses Hernando de Aguilar y Francisco Ramírez, que pasaron con Miguel Díaz; los salmantinos Gutiérrez de Badajoz, de Ciudad Rodrigo, que pasó con Ovando, y luego se enroló con Narváez; Pedro Moreno. Los segovianos: Rodrigo de Salvatierra, que fue con Alderete; Francisco Gutiérrez de Ayllón, que había ido con la armada de Gil González; y Peñalosa.

Los vallisoletanos: Diego Aguilar, de Medina del Campo que había pasado a América con Pedrarias; Juan de Aguilera, que pasó con Garay; Juan de Alaejos, de Alaejos, procedía de los hombres de Ponce de León; Diego Ayende se enroló con Garay; Arroyuelo era de Olmedo, y murió a manos de los indios; Gaona, murió también a manos de los indios, era de Medina de Rioseco; Diego González Peñafiel, era de Peñafiel y pertenecía al grupo de soldados que llegaron con Juan de Burgos; Bartolomé González, era de Portillo; Antonio Maya fue uno de los primeros descubridores de Nueva España con Grijalva, se quedó en las islas y luego se enroló con Narváez, murió en la toma de México y había nacido en Cuellar; el zamorano Antonio Cisneros y los palentinos Diego González Peñafiel, que pasaron con Juan de Burgos, y Juan de Aguilar que lo hizo con Miguel Díaz.

Hemos dejado para el final el recordar algunas mujeres castellanas que sabemos ciertamente que estuvieron presentes en la conquista, habría, y lo sabemos, muchas otras, pero cuando estén perfectamente documentadas las mencionaremos. Sirvan como mero ejemplo Francisca de Ordás y Beatriz de Ordás hermanas ambas de Diego de Ordás; y la Medina, esposa de Aparicio Martín, natural de Medina de Rioseco (41).

CONSIDERACIONES FINALES

Tras la enumeración de castellanos por estamentos, nos percatamos de la importancia de este grupo de conquistadores. Ya el número de 120 castellanos viejos supone una importancia, máxime teniendo en cuenta las fuentes tan dificultosas y dispersas de que disponemos. Asimismo, resulta interesante su distribución estamental, lo que nos ale-

(40) Ibid., [7] cap. CCV.

(41) PÉREZ [36], p. 30.

ja un tanto de la tradicional creencia de una hueste ruda e inculta.

Aun así, la nota más destacada no es el número, a pesar de ser elevado, sino el peso específico de los castellano-leoneses al lado de Cortés, o mejor en la misma hueste. Así, vemos cómo en los primeros momentos de la formación de la misma en Cuba es un castellano quien la inicia, Diego Velázquez. Son castellanos los socios de Cortés, Amador de Lares y Andrés de Duero; castellano fue el precursor o predecesor Grijalva y castellana gran parte de su gente que luego se unirá a Cortés.

En aspectos más concretos y cercanos a la empresa, como son los asuntos militares, castellanos, fueron capitanes tan importantes como Diego de Ordás (41), Diego de Soto, Alonso de Avila o Francisco de Lugo, por nombrar los más importantes. En el campo de la política, Cortés también depositó su confianza en castellanos, y en ocasiones de forma exclusiva, como es el caso del envío de tesoros a España. Así, Montejo (41) vino en el navío capitaneado por Alaminos a entregar al emperador el primer gran presente de la Nueva España, de gran importancia para Cortés. Antonio Quiñones y Alonso de Avila capitanearon sendos navíos con el tesoro de Guatémuz, si bien no llegó a su destino al caer en manos de Juan Florín. Y el tercer envío para enjugar las pérdidas del robo francés, Cortés lo manda bajo custodia de otro castellano, el toresano Diego de Soto. Castellano fue uno de los dos capellanes de la hueste, Fray Bartolomé de Olmedo. Y bajando al círculo más próximo a Cortés lo vemos lleno de castellanos: castellano fue su ayuda personal Juan Díaz, el burgalés de la nube en el ojo; y su jefe de la guardia personal el zamorano Quiñones, e incluso fue también zamorano quien atentó contra su vida, el tal Villafañá.

Para no alargarnos diremos cómo Cristóbal de Olea, quien ayudó a Cortés cuando le mataron el caballo «Romo», en Xochimilco, y en los puentes en la Noche Triste dando la vida por él, también era castellano. Era de un pueblecito al lado de Medina del Campo, ciudad donde nació quien más «verdaderamente» contó las hazañas del capitán extremeño, el cronista Bernal.

Así pues, opinamos que no sólo fueron importantes los castellanos en número, sino que, por la importancia de los cargos y misiones que se les encomendaron, podemos afirmar que una parte fundamental de la conquista de la Nueva España reposó en los hombros de los Castellanos Viejos.

(41) Ramón EZQUERRA, «Los Compañeros de Hernán Cortés». *Revista de Indias* (Madrid) (1948). En la página 62 hace un estudio de los favores que Ordás hizo a Cortés.

(42) Parece que a Montejo, partidario de Velázquez, se lo ganó Cortés con 2.000 pesos. BERNAL [7] cap. LIII.